

## ¿SOBREVIVIRÁ EL NUEVO PAISAJE POLÍTICO CHILENO?\*

**Eugenio Tironi y Felipe Agüero**

En este artículo se sostiene que el sistema de partidos chileno emergió en 1990 con importantes discontinuidades respecto de aquel que existió con anterioridad a la crisis política de 1973, caracterizado por su división en tres tercios: izquierda, centro y derecha. Según los autores, la reconfiguración del sistema de partidos es el resultado de una nueva 'fisura generativa': la fisura autoritarismo/democracia. Nacida durante el régimen militar, con el desarrollo de la transición política esta fisura no sólo no se habría debilitado, sino que se habría ramificado, profundizado e institucionalizado, hasta lograr integrar y

---

EUGENIO TIRONI BARRIOS. Doctor en Sociología, Escuela de Altos Estudios y Ciencias Sociales, Francia. Ex director de la Secretaría de Comunicación y Cultura del gobierno de Patricio Aylwin. Profesor del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile. Autor, entre otras publicaciones, de *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet* (Dolmen, 1998), *Autoritarismo, modernización y marginalidad* (Sur, 1990) y *Los silencios de la revolución* (Editorial La Puerta Abierta, 1988).

FELIPE AGÜERO. Departamento de Ciencia Política, Ohio State University.

\* Una primera versión de este artículo se presentó en el panel "Political Intermediation, Parties, and Socialization in New Democracies: Chile and Spain", XX Congreso Internacional de LASA, Guadalajara, 17-19 abril 1997. Agradecemos los comentarios de Frances Hagopian y Trisha Craig, así como la asistencia de Claudio Rutllant en el procesamiento de la información.

reordenar las fisuras históricas (clase y religión) que configuraron el anterior sistema chileno de partidos.

Es más, se señala que los avances en la transición política y en la modernización económico-social de la última década parecen cerrar la posibilidad de un resurgimiento del anterior paisaje político y de la reproducción de los antiguos tres tercios. La evolución histórica estaría conduciendo más bien hacia una suerte de enfriamiento de las actitudes de la población frente a la política, que se traduce en menor participación, y hacia una personalización de las preferencias, que lleva a optar por candidatos más que por opciones políticas globales. Aquí radicaría la mayor amenaza al nuevo paisaje político. No obstante —agregan los autores—, al menos en el corto y mediano plazo estas tendencias no parecen suficientemente poderosas como para modificar el actual paisaje político.

**E**l régimen autoritario chileno tuvo entre sus propósitos centrales terminar con el sistema de partidos previo a 1973<sup>1</sup>. La tesis oficial fue que los partidos eran una expresión anormal de la política, propia de una sociedad subdesarrollada con un peso desmesurado del Estado, que daba una importancia desmedida a los mecanismos de acceso a él vía militancia en partidos y elecciones. Las adhesiones a los partidos y el interés político, por lo tanto, no descansarían en lealtades ideológicas o afinidades culturales, sino en meros vínculos clientelísticos. Como corolario, ellas se esfumarían con el desarrollo económico y el consiguiente aumento de la capacidad de consumo, con la extensión de las relaciones de mercado y la privatización de la provisión de bienes y servicios, así como con la elevación del nivel educativo de la población<sup>2</sup>.

### La continuidad de los partidos

La prohibición de los partidos y la represión a los militantes de oposición, el congelamiento de las instituciones democráticas, la suspensión de las elecciones, la censura política a la prensa y la constante deslegi-

<sup>1</sup> Véase Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, "Party Opposition in an Authoritarian Regime" (1986).

<sup>2</sup> Como lo recuerdan Valenzuela y Valenzuela (1986), la más acabada exposición de esta tesis (que tiene profundas raíces en el pensamiento conservador chileno) se encuentra en un artículo de Jaime Guzmán publicado en 1979 ("El Camino Político").

timación a través del discurso público de los partidos y la política, sumados a una severa reestructuración económico-social que redujo drásticamente el rol social y económico del Estado y extendió las relaciones de mercado, son todos factores que nutrían auspiciosamente las expectativas del régimen autoritario en su propósito de terminar con los partidos políticos tradicionales. Al iniciarse en 1987 el movimiento hacia la transición, el régimen consideró incluso la creación de un sistema de partidos enteramente diferente —corrientes de opinión, partidos regionales— con liderazgos completamente nuevos. Pero, para su sorpresa, vio reemerger los antiguos partidos con liderazgos que reproducían con alguna fidelidad el panorama de 1973. El objetivo fundacional del régimen militar en esta materia pareció no haberse logrado.

Los hechos daban la razón a J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela cuando advertían que la pretensión de terminar con los partidos en Chile estaría destinada al fracaso. A su juicio, los partidos políticos chilenos tenían su origen en dos fisuras generativas fundamentales: una constituida en torno a la polaridad Estado vs. Iglesia, y la otra configurada en torno a la polaridad trabajadores vs. empleadores. Consolidadas ya a comienzos de siglo, dichas fisuras habían construido tempranamente en Chile un 'paisaje político' sólido, que sobreviviría a los afanes del voluntarismo autoritario<sup>3</sup>. Esta interpretación se inspira en la tesis de Lipset y Rokkan según la cual, una vez formados a partir de profundas fisuras generativas, los sistemas de partidos tienden a perdurar en el tiempo sin grandes cambios<sup>4</sup>. Pero esta tesis fue propuesta para el caso de las democracias que se instalaban y afirmaban promisoriamente en Europa Occidental. Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela innovaron, entonces, al sugerir que un sistema de partidos podía también sobrevivir los embates de un régimen autoritario. En su opinión, la desmovilización política provocada por este tipo de régimen llevaría al congelamiento de los rasgos principales del sistema de partidos, dificultando con ello la creación de un nuevo 'paisaje político'. Paradójicamente, entonces, la congelación que provocan las experiencias autoritarias, en vez de socavar las bases del sistema de partidos que se plantea extirpar, termina por mantener intactos los sistemas precedentes. Resalta así la ironía de que los regímenes autoritarios sean, a fin de cuentas, sustituidos por los mismos líderes políticos y los mismos partidos

---

<sup>3</sup> Véase también A. Valenzuela y J. S. Valenzuela, "Los orígenes de la democracia chilena" (1983).

<sup>4</sup> S. M. Lipset y S. Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction" (1967).

que ellos persiguieron y reprimieron. Así quedó de manifiesto en la mayoría de las nuevas democracias que aparecieron en América Latina en la década de 1980.

La evolución reciente de Chile aparentemente verifica la interpretación recién comentada. En efecto, la transición fue liderada, en lo fundamental, por los mismos partidos y los mismos dirigentes que protagonizaron la crisis de la democracia en 1973; y las adhesiones políticas —aunque menos fuertes que las del período anterior— siguen en lo fundamental ordenadas según el eje histórico izquierda-centro-derecha y depositadas en gran medida en los partidos históricos<sup>5</sup>. Timothy R. Scully resume la visión de numerosos analistas cuando afirma que “los contornos básicos del panorama político que volvieron a surgir como resultado de la transición a partir del gobierno autoritario, a fines de la década de 1980, no fueron muy diferentes de los que predominaban a comienzos de la década de 1970. Tal como en el sistema de partidos previo al desmoronamiento que éste sufrió en 1973, es posible observar la reaparición de, básicamente, tres tendencias subyacentes en Chile: la derecha, la izquierda y el centro”<sup>6</sup>. Aun cuando admite que el sistema de partidos ha cambiado significativamente, Scully descarta el surgimiento de una nueva fisura con fuerza suficiente para reorganizar los contornos básicos del panorama político. En su opinión, la principal fisura ordenadora del conflicto partidario en la década del noventa será aquella basada en diferencias de clase, y no habrá espacio para el surgimiento de una nueva ‘fisura generativa’<sup>7</sup>.

El propósito de este breve ensayo es poner a prueba la tesis de la continuidad del sistema de partidos previo a 1973 en el Chile posautoritario, y revisar las afirmaciones más recurrentes sobre las fisuras ordenadoras del sistema. Transcurridos ya casi diez años desde el inicio de la transición a la democracia, habiéndose realizado ya seis elecciones (dos presidenciales, tres parlamentarias y dos municipales) y tras más de ocho años de

<sup>5</sup> En efecto, las encuestas muestran que la autoidentificación de los chilenos como de izquierda, centro o derecha se mantuvo en lo fundamental inalterada entre 1958 y 1992. Véase la Tabla N° 4 en Felipe Agüero, Eugenio Tironi, Eduardo Valenzuela y Guillermo Sunkel, “Votantes, partidos e información política: La frágil intermediación política en el Chile post-autoritario” (1998).

<sup>6</sup> Timothy R. Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena* (1992), p. 250.

<sup>7</sup> T. R. Scully, “Reconstituting Party Politics in Chile,” (1995), p. 122. Scully señala como improbable el afianzamiento de una fisura autoritarismo/democracia: “Una nueva fisura política, democracia versus autoritarismo, aparece con cierta fuerza en las elecciones generales de diciembre de 1989. Pero aunque hay indicios de que coexisten visiones opuestas acerca de cuál es el régimen político más apropiado para Chile, no parece probable que las contiendas electorales giren en torno a esta fisura en el futuro” (Nota N° 56, p. 497).

gestión gubernamental de una misma coalición de centro-izquierda, no puede seguir afirmándose la vigencia rectora de las fisuras históricas como elementos ordenadores fundamentales del sistema de partidos actual. En efecto, la continuidad del sistema de partidos en Chile es más aparente que real. Persisten casi los mismos componentes, pero están estructurados de manera diferente; siguen en escena muchos de los mismos actores de antaño, pero ahora desempeñan distintos papeles.

### Los cambios en el sistema

La discontinuidad en el paisaje político se expresa en dos cambios fundamentales del sistema de partidos. El primero es el paso de lo que Sartori<sup>8</sup> llama un sistema multipartidario multipolar que gira en torno a un centro (con la izquierda en un extremo y la derecha en el otro) y cuya dinámica tiende a ser centrífuga, a un sistema bipolar carente de centro, donde los pivotes del sistema de partidos son dos polos (no importa cuántos partidos existan) y cuya dinámica tiende a ser centrípeta. El segundo cambio es el paso de un 'pluralismo polarizado' (como el que prevaleció hasta 1973), con una gran distancia ideológica entre los partidos, ninguna capacidad de crear coaliciones y una competencia centrífuga, a un 'pluralismo des-polarizado o moderado', con menor distancia ideológica, una 'configuración bipolar de coalición' y una competencia centrípeta, esto es, una competencia de ambas coaliciones por los votos del centro<sup>9</sup>.

Lo que marcó el fin del anterior paisaje político de los 'tres tercios', e inauguró el sistema bipolar moderado actual, fue la división de chilenos y chilenos en el plebiscito convocado en 1988 para decidir sobre la continuidad del general Pinochet en la Presidencia de la República. Allí se materializó, facilitada por la forma plebiscitaria, la fisura generativa autoritarismo/democracia que ha gobernado la competencia partidaria desde entonces. Este evento, claro está, estuvo precedido por numerosas ocasiones e instancias que, a partir de 1983, fueron expresando la conformación de dos de los anteriores tres tercios en un polo de oposición política democrática al régimen autoritario y a los grupos políticos que le respaldaron desde 1973. Pero fue sólo con ocasión del plebiscito que se constituyó formalmente la 'coalición del No', que alcanzó el 53,7 por ciento de los votos —la que luego pasó a denominarse Concertación de Partidos por la Democracia, siempre formada por el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Socialista,

<sup>8</sup> G. Sartori, "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism" (1966).

<sup>9</sup> G. Sartori, *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (1976).

el Partido por la Democracia y el Partido Radical— y, en el otro polo, la ‘coalición del Sí’, que alcanzó el 43,0 por ciento —la cual ha tenido distintas denominaciones, pero que ha mantenido constante su composición: los adherentes al régimen autoritario. En todos los eventos electorales ocurridos desde el plebiscito de 1988, siempre se han encontrado frente a frente las mismas dos coaliciones, y siempre con adhesiones electorales parecidas. La reproducción de ambas coaliciones se alimenta recíprocamente, por cuanto la vigencia de una estimula la vigencia de la otra; pero, al mismo tiempo, ellas son reforzadas por un sistema electoral binominal que castiga fuertemente candidaturas ajenas a los dos polos mayoritarios<sup>10</sup>.

Respecto de la distancia ideológica entre los diferentes partidos y las coaliciones que les agrupan, cabe destacar que en el nuevo paisaje político ella se ha acortado y perdido intensidad en aspectos importantes. Esto está determinado principalmente por dos factores. El primero es el acercamiento de casi todos los sectores, principalmente a consecuencia de los cambios ideológicos y programáticos en la antigua izquierda y centro, en torno a un modelo de desarrollo basado en la preponderancia del mercado y la libre integración en la economía internacional<sup>11</sup>. El segundo factor que ha empujado a un acortamiento de la distancia entre los partidos es el impacto programático e ideológico de la dinámica de competencia centrípeta que resulta de la organización bipolar del sistema, que lleva a moderar los planteamientos en pos de alcanzar al electorado medio. Con todo, el arreglo de este sistema en torno a una nueva fisura indica la existencia de una distancia importante sobre la forma del régimen político, sobre la interpretación del proceso histórico que dio lugar a la situación actual, así como sobre la valoración del régimen autoritario y su líder, el general Augusto Pinochet, especialmente en materia de violación a los derechos humanos.

### Las fisuras en la transición

Pasados diez años y dos gobiernos multipartidarios (los de Aylwin y Frei) que han contado con sólidos respaldos de los partidos de su coalición,

<sup>10</sup> Sobre las características del sistema electoral chileno, véase A. Valenzuela y P. Siavelis, “Ley electoral y estabilidad democrática: Un ejercicio de simulación para el caso de Chile” (1991).

<sup>11</sup> Como bien lo recuerda Genaro Arriagada, los cambios políticos en Chile coincidieron con la caída del muro de Berlín y el fin de la guerra fría, que “había sido factor fundamental en la determinación de los principios de identidad y de contradicción” de lo que él denomina el “tercer sistema de partidos”; esto es, aquel caracterizado, desde 1957, por la confrontación entre tres proyectos utópicos globales. Véase *¿Hacia un Big Bang del sistema de partidos?* (1997).

parece haber llegado la hora de admitir que el nuevo paisaje es más estable de lo que se preveía. Este paisaje se funda en la fisura generativa que arranca de la experiencia autoritaria y que integra diversos fenómenos, algunos de los cuales sólo cabe mencionar aquí. Ella recoge, en primer lugar, la crisis del sistema democrático en 1973, provocada en gran medida por el colapso del sistema político y de partidos, y que precipitó el golpe militar<sup>12</sup>. La actual configuración bipolar de coalición, en efecto, se presenta como la superación de un sistema cuya crisis tuvo efectos dramáticos para el país.

En segundo lugar, la nueva fisura responde al hecho de que el período autoritario se constituyó en la experiencia común de toda una generación que construyó en esta etapa su 'marco de referencia político', el cual, una vez cristalizado, tiende a mantenerse en el tiempo<sup>13</sup>. Dicho de otro modo, gran parte de la ciudadanía actual formó su conciencia política y construyó sus identidades y referencias en el marco de la polaridad autoritarismo/democracia que caracterizó ese período. Quienes protagonizaron o apoyaron la 'revolución capitalista' que, desde el régimen militar, redujo el rol del Estado y privatizó y abrió la economía al exterior, y aquellos que se opusieron al régimen y a su esfuerzo refundacional pagando por ello altos costos, construyeron marcos de referencia comunes y profundas relaciones de afinidad y lealtad, los cuales tomaron cuerpo en el 'Sí' y el 'No' del plebiscito de 1988, y se han reproducido desde entonces<sup>14</sup>.

Por último, la pervivencia de la nueva fisura se alimenta en las diferentes visiones de régimen político, que se actualizan con los esfuerzos periódicos de la Concertación por reformar la institucionalidad heredada del autoritarismo, especialmente aquellos aspectos que consagran fuertes contrapesos a la soberanía popular (senadores institucionales, Tribunal Constitucional, Consejo de Seguridad Nacional). A esto se agrega la discrepancia que persiste en relación a las posibilidades de que la justicia chilena investigue y sancione los casos de violación a los derechos humanos durante el régimen militar. El hecho que estos asuntos sean todavía fuente de conflictos y controversias reafirma y actualiza día a día la vigencia de la polaridad autoritarismo/democracia.

El desenvolvimiento del proceso político en democracia, en vez de debilitar el nuevo paisaje político, lo ha venido cristalizando a un punto tal

<sup>12</sup> Véase Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (1978).

<sup>13</sup> Para la noción de 'marco de referencia político' y de generación, véase S. M. Lipset, *El hombre político* (1977).

<sup>14</sup> La fisura entre el 'Sí' y el 'No' ha resurgido con particular intensidad en todas las coyunturas políticas críticas, como por ejemplo aquella precipitada por la detención del senador vitalicio Augusto Pinochet en Londres a solicitud de la justicia española.

que éste es, en muchos aspectos, más sólido de lo que era a principios de los noventa. En el 'campo del No', la convivencia en funciones de gobierno ha reforzado las redes transversales creadas en el período autoritario en el seno de la elite política y tecnocrática, al punto de que ellas resultan ya tanto o más sólidas que las lealtades partidarias originales<sup>15</sup>. Algo semejante ha ocurrido en el electorado de la Concertación, que tiende a elegir candidatos al interior de la coalición, con una relativa prescindencia del partido al que aquellos están afiliados<sup>16</sup>. El 'campo del Sí', por su parte, posee una fuerte identidad político-cultural asociada a la experiencia del régimen militar y a la figura del general Pinochet, tanto entre su dirigencia como en el ámbito de su apoyo social y electoral. Esta identidad fundamental no se ha debilitado como efecto de su actuación en la oposición; por el contrario, ella se mantiene plenamente vigente, lo que es favorecido por la influencia que ejercen sobre la elite política de derecha algunos poderosos *think-tanks* creados por antiguas autoridades del régimen militar y respaldados por el empresariado<sup>17</sup>.

La prevalencia de la fisura autoritarismo/democracia es justamente lo que explica que el sistema de partidos chileno se haya revelado hasta ahora relativamente inmune a un fenómeno común en las democracias modernas, como es el de la volatilidad. Este fenómeno consiste en un electorado que se desalinea respecto de la estructura partidaria histórica y que en los períodos electorales flota indeciso entre las diferentes alternativas políticas disponibles, frente a las cuales opta a último momento, pero sin un gran compromiso de lealtad<sup>18</sup>. El electorado chileno, en cambio,

---

<sup>15</sup> Prueba del transversalismo de la elite concertacionista lo constituyó el debate generado en 1998 en torno a dos documentos (uno tildado de 'auto-complaciente' y el otro de 'auto-flagelante'), firmados por dirigentes políticos e intelectuales provenientes de diferentes partidos, que planteaban visiones globales contrapuestas sobre lo obrado por la Concertación y sobre sus desafíos futuros.

<sup>16</sup> Es sintomático el hecho de que la mayor parte de los candidatos (tanto en las elecciones municipales como parlamentarias) omitan las referencias explícitas a sus partidos y, en el caso de la Concertación, acentúen su identificación con la coalición. Contra esta tendencia a veces se han rebelado algunas directivas partidarias, que quisieran una mayor presencia de sus propios símbolos en las campañas; pero los candidatos, por motivos estrictamente electorales, hacen caso omiso a ese tipo de instrucciones.

<sup>17</sup> Es el caso del Instituto Libertad y Desarrollo, que ejerce gran influencia sobre el pensamiento político, económico y cultural de la centro-derecha y, en particular, sobre la acción legislativa de sus parlamentarios.

<sup>18</sup> Sobre el concepto de volatilidad, véase Paul A. Beck, Russel J. Dalton y Robert Huckfeldt, "Intermediation and Electoral Volatility in a Multi-Message Environment: The Case of the United States". Trabajo preparado para la reunión del Cross-National Election Project (CNEP) en Madrid, julio 1996.



permanece fiel a las dos coaliciones surgidas del plebiscito de 1988. Aun cuando la vieja lealtad a los partidos se ha debilitado persistentemente desde 1992, según lo muestran las encuestas del Centro de Estudios Públicos, las coaliciones surgidas del plebiscito han logrado mantener una notable adhesión de su electorado. Las sorpresas —cuando las ha habido— dicen relación con la distribución de las preferencias al interior de cada coalición, no con las diferencias entre ellas. La nueva fidelidad a las coaliciones, por lo tanto, parece estar siendo más fuerte que la vieja lealtad a los partidos.

En definitiva, el sistema bipolar de coalición no ha resultado un mero paréntesis mientras se regresaba al escenario 'normal' de los 'tres tercios'. La experiencia autoritaria tuvo el efecto de crear una fisura generativa fundamental, que ha reordenado el perfil del paisaje político chileno. El cambio no radica tanto en los partidos (que siguen siendo básicamente los mismos del escenario anterior), como en su agrupación en dos coaliciones que actúan en la práctica como 'macro-partidos'. La transición, por su parte, ha contribuido a consolidar este nuevo paisaje, en tanto no ha generado eventos o estímulos que lleven a quebrar o debilitar los dos bloques políticos nacidos en 1988, mientras los incentivos para mantener el paisaje actual siguen plenamente vigentes, en especial para la coalición que dispone de una mayoría electoral<sup>19</sup>. Esta evolución ha echado por tierra la tesis que anunciaba la extinción de las coaliciones cuando el período autoritario fuera quedando atrás, para dejar paso nuevamente a los tradicionales tres tercios. Las estrategias políticas basadas en esa premisa, hasta ahora no han fructificado<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> El ex presidente de la Democracia Cristiana, senador Alejandro Foxley, ha planteado con gran claridad el tema de los incentivos desde el punto de vista de la Concertación: "Los incentivos para seguir juntos son mucho mayores que los que pudieran haber para desamarrarla [la Concertación], y que tienen que ver con la posibilidad de formar parte del cuadro de dirigentes del país". *La Época*, 21 septiembre 1997.

<sup>20</sup> Varias estrategias políticas se han basado precisamente en la idea del carácter transitorio del paisaje político posautoritario. Así, por ejemplo, tanto el Partido Comunista como el liderazgo de Andrés Allamand en Renovación Nacional apostaron en algún momento a la tesis de que la actual estructura coalicional de la política chilena era pasajera. Es así como el PC trató de recomponer el eje PC-PS que daba vida al tercio de la izquierda, mientras Allamand insinuó crear un eje posautoritario RN-DC. Ambos intentos han sido infructuosos: la tesis de Allamand fue derrotada en la derecha, aunque ella ha sido retomada más recientemente por el candidato presidencial Joaquín Lavín con una suerte que aún está por verse; el PC, por su parte, ha debido contentarse con crear un polo que agrupa a la antigua ultraizquierda, pero que no cuenta con el socialismo histórico en ninguna de sus ramas.

### La Concertación

La criatura política más exitosa que dejó la experiencia autoritaria fue sin duda la coalición del 'No' o Concertación por la Democracia, que institucionalizó la fusión del centro y la izquierda. Sus bases se remontan a finales de los años setenta, cuando se constituyó el 'Grupo de Estudios Constitucionales' o 'Grupo de los 24', formado básicamente por juristas de centro e izquierda unidos con la intención de debatir las ideas constitucionales del régimen militar y proponer alternativas, y que se configuró como el primer foco público de disidencia al orden autoritario. La coalición de centro-izquierda tiene también antecedentes en la intensa reflexión académico-intelectual desplegada por centros independientes a partir de fines de los años setenta. Convergieron en ella influyentes intelectuales de esas corrientes que, en este proceso, fueron alcanzando importantes grados de coincidencia intelectual y de cercanía afectiva<sup>21</sup>. Y, por último, hay que destacar la extraordinaria importancia para la unión entre el centro y la izquierda que tuvieron las movilizaciones antiautoritarias que estas corrientes protagonizaron conjuntamente (con el consiguiente costo represivo), en especial las llamadas 'protestas nacionales' del período 1982-1985, así como la experiencia común en la creación y dirección de organizaciones sociales, como las que agruparon a los profesores y a los trabajadores en general.

La capacidad que ha mostrado la Concertación para mantener unidos a los antiguos sectores de centro e izquierda, triunfar en todas las elecciones efectuadas y administrar con relativo éxito el gobierno central y la mayoría de los gobiernos comunales es un buen indicador de la vigencia de la fisura generativa autoritarismo/democracia. Hay que agregar a ello la capacidad que ha mostrado para ir creando una cultura política propia que integra el pasado histórico de sus componentes, con propuestas programáticas en materia de democratización, justicia social, libertades y modernización económica y social.

De partida, la Concertación ha logrado superponer la fisura generativa autoritarismo/democracia a la fisura histórica de origen social o clasista. De ahí que su adhesión electoral integre tanto a las corrientes cultural y políticamente antiautoritarias, como a los sectores de más bajos ingresos que históricamente han votado por la izquierda y el centro en tanto repre-

---

<sup>21</sup> Véase Jeffrey M. Puryear, *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988* (1994).

sentantes del polo popular o de los trabajadores. Así lo prueba el Cuadro N° 1, basado en la Encuesta CNEP realizada inmediatamente después de la elección presidencial de diciembre de 1993, que muestra cómo la autoidentificación social de los entrevistados está asociada a la expresión de sus preferencias de voto, de tal manera que aquellos que admiten menores ingresos votan en mayor frecuencia por la Concertación<sup>22</sup>.

CUADRO N° 1: VOTO EN LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE 1993 POR GRUPO SOCIOECONÓMICO

	Unión por Chile. A. Alessandri	Concertación por la Democracia. E. Frei
Alto	41,9	17,8
Medio	36,2	28,3
Bajo	21,9	53,9
Total	100%	100%

*Fuente:* CNEP-Chile, diciembre 1993.

Cabe agregar la capacidad que ha mostrado la coalición del 'No' para integrar también la fisura histórica laico/confesional, al punto de que lo que se suponía sería fuente de tensiones y, con el tiempo, de desarticulación de la unión entre el centro y la izquierda, ha ido transformándose en una fuente de recreación de la misma. De hecho, los gobiernos de la Concertación han empujado activamente ciertos temas 'laicos' —la eliminación de la censura, el fin de las discriminaciones, la legislación sobre la familia y el divorcio, la prevención del sida, etc.— para colocarlos en el debate público y en la agenda legislativa. Desde el momento en que incorpora temas de índole cultural o moral sin afectar su unidad, la Concertación extiende su identidad más allá de la cuestión democrática y la cuestión social. La incorporación de estos temas, por otra parte, ha desatado fuertes

<sup>22</sup> El CNEP (Cross-National Election Project) es un proyecto académico internacional que viene desarrollándose desde 1992 en diversos países del mundo bajo la dirección de Paul A. Beck (Ohio State University) y John Curtice (University of Strachelyde, Reino Unido). En Chile el cuestionario CNEP fue aplicado en el Gran Santiago en dos oleadas (una antes y otra después de la elección del 12 de diciembre de 1993) a una muestra tipo panel, por el Departamento de Estudios Sociológicos (DESUC) de la P. Universidad Católica de Chile.

polémicas con la coalición de derecha, que ha adoptado como suyos los planteamientos ‘conservadores’ o ‘confesionales’, reforzando así la configuración bipolar. En otros términos, la reaparición de la antigua fisura laico/confesional no ha interferido en el quiebre autoritarismo/democracia, ni ha fragmentado las agrupaciones políticas nacidas de este último, como la Concertación. Por el contrario, el sistema bipolar de coaliciones surgido de la experiencia autoritaria ha probado su fortaleza, al ser capaz de procesar e incorporar con éxito los temas propios de la pugna laico/confesional al interior del actual paisaje, sin afectar —y más bien reforzando— la ordenación político-partidaria existente.

En suma, contra muchos pronósticos que suponían que la fisura autoritarismo/democracia —y su mejor expresión política, la Concertación— sería pasajera, y que se extinguiría junto con el éxito de la transición democrática y el distanciamiento del pasado autoritario, ella permanece vigente, estructurando las otras fisuras históricas y ordenando así todo el paisaje político chileno. Han emergido, desde luego, nuevas fisuras, como la que contrapone protección del medio ambiente/crecimiento económico; pero aquí también, al igual que en los llamados ‘temas morales’, se han producido quiebres transversales que no ponen en peligro el alineamiento dominante<sup>23</sup>.

### **El nuevo paisaje: fortalezas y amenazas**

La estabilidad que ha mostrado el nuevo paisaje está vinculada sin duda a los efectos de la sustitución del viejo sistema electoral proporcional que favorecía la fragmentación en múltiples partidos, por un sistema binominal mayoritario que premia a los candidatos de las dos coaliciones mayoritarias y castiga severamente a una tercera fuerza. Es sabido que los condicionamientos inducidos por la ‘ingeniería electoral’ contribuyen a hacer más sólidos aquellos alineamientos que tuvieron en su origen fisuras culturales, sociales o políticas, al punto de que el efecto de esas fisuras y de las variables político-institucionales se potencian y confunden.

---

<sup>23</sup> En el Congreso se ha creado una ‘bancada verde’, con parlamentarios de ambas coaliciones, que ha tomado bastante peso en materias donde esté envuelto el tema medioambiental. Ésta es la primera agrupación política estable que supera la fisura autoritarismo/democracia. Con todo, la experiencia internacional revela que el tema medioambiental está lejos de tener una capacidad estructurante del paisaje político e, incluso, de dar lugar a partidos políticos estables. Véase, por ejemplo, Herbert Kitschelt, “La gauche libérale et les écologistes français”, pp. 339-365.

Si bien hay intenciones de reformar la ley electoral en el seno de la Concertación y en las fuerzas marginalizadas por éste, es difícil disponer de las mayorías requeridas en el parlamento, y no se visualiza tampoco la voluntad de hacer de éste un tema central de la agenda legislativa en el futuro próximo. En todo caso, de aprobarse una reforma, ésta se limitaría a introducir algunos grados de proporcionalidad al actual sistema mayoritario, por cuanto hay amplio consenso en descartar el retorno al viejo sistema proporcional, al que —como se indicó antes— se le achaca fuerte responsabilidad en la crisis de la democracia chilena a comienzos de los setenta. Ahora bien, mientras esta reforma no se materialice, la fórmula bipolar de coalición sigue operando, lo cual institucionaliza las alineaciones políticas propias del nuevo paisaje, reforzando y profundizando con ello las fisuras que le dieron origen. Además, aun si en el futuro se llegase a introducir una mayor proporcionalidad al sistema electoral, las identidades de las coaliciones están ya tan cristalizadas, que ellas perfectamente podrían seguir reproduciéndose dentro de los nuevos marcos político-institucionales, como de hecho ya ocurre en el caso de los comicios municipales.

La nominación del candidato presidencial para las elecciones que tendrán lugar en 1999 es un acontecimiento que está sometiendo a fuertes tensiones a las dos coaliciones. En los años 1989 y 1993, la elección presidencial coincidió con las elecciones parlamentarias, lo cual ayudó a extender hacia aquélla la tendencia al bipolarismo propia de sistema binominal. La de 1999 será una elección exclusivamente presidencial, lo que aminora los incentivos a buscar un 'candidato único' al interior de las coaliciones. Con todo, en ambas coaliciones se han alcanzado acuerdos sobre procedimientos (en el caso de la Concertación, una primaria abierta) tendientes a nominar un candidato común. No obstante, aunque esto no prospere y se presente más de un candidato por coalición, el sistema de segunda vuelta o *ballotage* que contempla la Constitución puede, a la larga, generar el mismo efecto aglutinador que incentiva el sistema binominal en el ámbito parlamentario, siempre y cuando las dos primeras mayorías provengan de diferentes coaliciones.

Más perturbadores para el actual paisaje político pueden resultar los esfuerzos de quienes en la centro-derecha caen en cuenta de que éste dificulta el acceso de ese sector a la presidencia de la república. Esos esfuerzos se orientan a dejar atrás el actual sistema de coaliciones fundado en el clivaje autoritarismo/democracia. Es el caso del alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín, que en las encuestas aparece en una posición expectante, quien busca poner de relieve el liderazgo y los atributos personales por sobre la identificación política. Éste es el caso también de las voces que en

la centro-derecha han planteado la conveniencia de no tener un candidato propio —que estaría identificado inevitablemente con el 'SF', lo que limita su apoyo electoral—, y plegarse en cambio a uno de los candidatos de la Concertación<sup>24</sup>. Pero está por verse qué suerte correrá esta estrategia, en sus dos variantes, cuando se enfrente a una elección presidencial donde la ciudadanía busca en los candidatos una identificación más global.

Hay otro elemento que ha ido adquiriendo importancia en el panorama político chileno y que debe considerarse como un factor también incierto respecto de su influencia sobre las formas de alineamiento actual: la pérdida de vitalidad de la política como tal. La caída en los índices de participación electoral, así como las actitudes ante la política y los partidos que revelan las encuestas, muestran un alejamiento, desconfianza y desafección frente a la política en general, que incluye gobierno, parlamento, coaliciones, partidos y políticos como personas. Para algunos analistas, éstos serían síntomas de una situación en la que coinciden la pérdida de vigencia del actual sistema de partidos y la ausencia de un sistema de reemplazo<sup>25</sup>.

Los indicadores que muestran una suerte de 'enfriamiento' o apatía en la ciudadanía hacia la política son numerosos. Hay, desde luego, una significativa disminución de la participación electoral, principalmente entre los jóvenes. De hecho, cerca de un millón y medio de jóvenes rehusó inscribirse para las elecciones parlamentarias de 1997. Se observa también un consistente incremento de la abstención, que subió del 2,5 por ciento en el plebiscito de 1988 a 15,6 por ciento en la elección municipal de 1996, llegando a 13,7 por ciento en la elección parlamentaria de 1997. En esta última creció espectacularmente el voto nulo, que llegó al 13,6 por ciento, así como el voto blanco, que ascendió al 4,2. Aunque las motivaciones son diversas, si se agrupa a los no-inscritos, los nulos y los blancos, ellos sumaron en esta ocasión 40 por ciento de los chilenos y chilenas con derecho a voto. Cabe mencionar también como indicador de desafección el severo deterioro de la imagen de las instituciones políticas en la población. En este contexto, no resulta extraño que, en el ámbito de las relaciones interpersonales, las conversaciones sobre política también se reduzcan en la medida en que el proceso de transición se consolida (Cuadro N° 2).

<sup>24</sup> Como se recordará, la tesis de no tener candidato propio y respaldar al candidato de la Concertación Andrés Zaldívar fue insinuada por el propio senador vitalicio Pinochet y apoyada por altos dirigentes de Renovación Nacional.

<sup>25</sup> Ésta es la tesis de Genaro Arriagada, para quien "se han agotado aquellas razones que justificaron el surgimiento de los partidos que actualmente existen, pero sin que hayan sido asumidas nuevas realidades que debieran hacer nacer un orden partidario distinto o una reforma radical del que ahora está presente" (*op. cit.*, p. 73).

CUADRO N° 2: HABLÓ DE POLÍTICA CON ... DURANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL

	1993 Parlamentarias	1996 Municipales
<i>Familia:</i>		
A menudo	17,0%	11,5%
Algunas veces	27,6%	24,2%
Casi nunca	27,7%	26,0%
Nunca	27,7%	37,4%
No contesta	0,1%	0,9%
<i>Amigos:</i>		
A menudo	13,7%	7,9%
Algunas veces	24,0%	20,2%
Casi nunca	19,9%	20,1%
Nunca	38,7%	50,6%
No contesta	3,8%	1,0%
<i>Compañeros de trabajo:</i>		
A menudo	12,1%	9,8%
Algunas veces	15,8%	14,8%
Casi nunca	14,3%	18,2%
Nunca	38,9%	54,3%
No contesta	19,0%	3,0%

Fuente: Encuestas CNEP 1993 y DESUC-COPESA 1996, Gran Santiago.

No es del caso analizar aquí los factores que influyen en este 'enfriamiento' o apatía hacia la política —entre los que se han mencionado el estilo consensualista de la transición, la percepción de escasas diferencias programáticas entre las coaliciones, el papel de los medios de comunicación, la extensión de las relaciones de mercado, etc.—; pero lo cierto es que éste es el fenómeno más novedoso y con mayores perspectivas de expansión en el horizonte político actual. En el corto plazo, sin embargo, el 'enfriamiento' no es una amenaza al paisaje prevaleciente. Al contrario, éste tiende a fijar el actual alineamiento, caracterizado por el dominio de la fisura autoritarismo/democracia, y a volver más difícil su transformación. En efecto, las posibilidades de revitalizar viejas fisuras que reediten los tres tercios o la radicalización ideológica de antaño, así como de generar nuevas fisuras políticas o nuevas fuerzas capaces de cuestionarlo o ponerlo en

jaque, se ven lejanas en un ambiente donde el interés y la participación políticas están en franca declinación. Es indicativo, en este sentido, que quienes se automarginan de toda participación electoral no alcanzan a constituir un grupo diferente, pues no tienen percepciones, preferencias u opiniones distintas al resto de la población en materias económicas o políticas<sup>26</sup>.

No hay, en otras palabras, una visible presión 'desde abajo' que cuestione el alineamiento político presente o que activamente intente superarlo. Sin embargo, más allá del corto plazo, es posible especular que la apatía y el consiguiente decrecimiento de la participación creen bolsones electorales disponibles para que sectores de elite o liderazgos carismáticos con un planteamiento 'cosista' y antipolítico intenten movilizarlos 'desde arriba', amenazando las formas actuales de alineamiento político. Pero también es posible que estos sectores permanezcan desmovilizados, o que sean eventualmente incorporados por las coaliciones actuales si hacen una oferta atractiva en términos de programa, estilo y liderazgo; o finalmente, que se reduzca su participación a un polo antisistema ajeno a las coaliciones actuales, pero sin afectar en lo fundamental la fisonomía del paisaje. Con todo, éste es un fenómeno de efectos inciertos que puede seguir dando que hablar en el futuro.

### Conclusión

La experiencia autoritaria 1973–1989 dio lugar a una fisura generativa fundamental (la fisura autoritarismo vs. democracia) que realineó las adhesiones políticas y reconfiguró el sistema de partidos chilenos. Esta fisura tiene un carácter eminentemente cultural, y se superpone a los quiebres históricos de carácter religioso y social que tuvieron sus orígenes a fines del siglo pasado y en el primer tercio de éste, dando forma al paisaje político previo a 1973. Las dos grandes coaliciones surgidas de esa nueva fisura han sido permeables para integrar antiguas y nuevas dimensiones a su identidad fundamental. Si ellas logran resolver adecuadamente el problema que le plantea la nominación de su abanderado presidencial para las elecciones de 1999, la estabilidad del nuevo paisaje político chileno estará asegurada todavía por varios años.

Sin embargo, la desafección de la población para con la política, si bien no lleva hacia una reconfiguración del sistema de partidos, sí puede

---

<sup>26</sup> Véase Carla Lehmann, "La voz de los que no votaron" (1998).



conducir a ciertos cambios en el largo plazo, que habrá que observar con atención. En su versión más radical, podría inducir a un total descuelgue de la ciudadanía del sistema político, vía reducción dramática de la inscripción y participación electoral. La desafección podría inducir también a una creciente personalización y racionalización de la política, que podría a su vez conducir a una situación de mayor volatilidad, con electores que eligen personas de manera similar a como los consumidores seleccionan objetos en el mercado, al margen de toda adhesión o lealtad global y de largo plazo. De extenderse, una tendencia como ésta podría dejar obsoletas las fisuras hoy vigentes, acabando con el paisaje político actual; pero lo cierto es que, hasta ahora, sigue prevaleciendo la fisura fundada por la experiencia autoritaria y profundizada por la transición democrática.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Agüero, Felipe; Tironi, Eugenio; Valenzuela, Eduardo; y Sunkel, Guillermo. "Votantes, partidos e información política: La frágil intermediación política en el Chile Post-autoritario". *Revista de Ciencia Política*, Vol. XIX, Nº 2 (1998), Universidad Católica.
- Arriagada, Genaro. *¿Hacia un Big Bang del sistema de partidos?* Santiago: Editorial Los Andes, 1997.
- Beck, Paul A.; Dalton, Russel J.; y Huckfeldt, Robert. "Intermediation and Electoral Volatility in a Multi-Message Environment: The Case of the United States". Trabajo preparado para la reunión del Cross-National Election Project (CNEP) en Madrid, julio 1996.
- Guzmán, Jaime. "El camino político". *Realidad*, año 1, Nº 7 (diciembre 1979). [Reproducido en Arturo Fontaine Talavera, "El miedo y otros escritos: El pensamiento de Jaime Guzmán E.", *Estudios Públicos*, 42 (otoño 1991)]
- Foxley, Alejandro. *La Época*, 21 septiembre 1997.
- Kitschelt, Herbert. "La gauche libertaire et les écologistes français", *Revue Française de Science Politique*, 4-3.
- Lehmann, Carla. "La voz de los que no votaron". *Punto de Referencia* Nº 197 (abril 1998), Santiago, Centro de Estudios Públicos.
- Lipset, S. M. *El hombre político*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977.
- y Rokkan, S. "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction". En S. M. Lipset y S. Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*. Nueva York: The Free Press, 1967.
- Puryear, Jeffrey M. *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1994.
- Sartori, Giovanni. "European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism". En J. La Palombara y M. Weiner, *Political Parties and Political Development*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1966.
- *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.

- Scully, Timothy R. *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. Santiago: Cieplan-Notre Dame, 1992.
- . “Reconstituting Party Politics in Chile”. En Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
- Valenzuela, Arturo. *The breakdown of democratic regimes: Chile*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1978.
- . “Los orígenes de la democracia chilena”. *Estudios Públicos*, 12 (primavera 1983, Santiago).
- y Valenzuela, J. Samuel. “Party Opposition in an Authoritarian Regime”. En J. S. Valenzuela y A. Valenzuela, *Military Rule in Chile. Dictatorship and Opposition*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986.
- y Siavelis, Peter. “Ley electoral y estabilidad democrática: Un ejercicio de simulación para el caso de Chile”. *Estudios Públicos*, 43 (1991). □